



PRIMERA EDICION.

DOS REALES
al recibir el número.

AÑO II.

DIRECTOR
ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLÍS,

CON LA COLABORACION
DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.

Administracion: Tabernillas, 8.—Madrid.

MADRID 12 DE JULIO DE 1872.

SEGUNDA EDICION.

UN REAL
al recibir el número.

NÚM. 22.

SUMARIO.

TEXTO.—A nuestros suscritores.—Establecimiento de una *Commune* en el siglo XI, por Luciano García del Real.—Francisco de Paula Cuervo, por J. Roig y Minquet.—Estudios prehistóricos, por Mariano Lerroux.—12 juíos errantes, por Constantino Li mbari.—Separación de la Iglesia del Estado, por Manuel Romay.—Cuentos populares, por Francisco Flores y García.—Curaciones científicas-sociales, por J. López Ocaña.—Los pescadores, por Francisco Ferrer.—Revista general, por E. Rodríguez-Solís.—Paris en América.
GRABADOS.—Tipos serenos, el pastor.—Capilla titulada de las Ursulinas, Guadalupe.—América del Norte: Niagara, puente colgante por el que pasa el ferrocarril. (Dib. del Sr. Castro).—Tipos serenos, la pastora.

A NUESTROS SUSCRITORES.

La publicación de nuestro Semanario no tuvo ni pudo tener por objeto el lucro y la ganancia, sino la propagación de los principios que constituyen el credo republicano federal.

Deseosos de introducir algunas mejoras, anunciamos la publicación de dos ediciones, una de *lujos* y otra *económica*; pero esta reforma parece haber herido la exquisita susceptibilidad de algunos correligionarios, que creían observar en ella alguna desigualdad.

¿Qué hacer en este caso? ¿Desistir de nuestra idea? Antes al contrario, hemos pensado realizar una empresa, que como nuestros abonados podrán ver, representa un nuevo é importante sacrificio.

En el próximo mes de Agosto y sucesivamente en cada trimestre del año, regalaremos a los suscritores de *LA ILUSTRACION* un elegante tomo, que contendrá una obra SIEMPRE NUEVA y de reconocida importancia y conveniencia para nuestros estimados suscritores.

Como una prueba de esta verdad, la obra que regalaremos en Agosto es un importantísimo trabajo debido á la pluma del conocido escritor francés Julio Barni, y que lleva por título *Manual del republicano*, verdadera obra de instrucción y recreo para todo aquel que ansie conocer los principios democráticos y crear verdaderos y justos republicanos. Del mérito y de la utilidad de la obra que anunciamos, podrán juzgar nuestros abonados con solo leer los títulos de algunos de sus capítulos, entre los cuales citaremos los siguientes: *¿Qué es República?*—*¿Qué es Libertad?*—*¿Qué es Igualdad?*—*¿Qué es Fraternidad?*—*La virtud en la República.*—*El Sufragio universal.*—*La Instrucción pública.*—*El Municipio.*—*El Socialismo, etc., etc.*

Creemos que este pequeño obsequio que hacemos á nuestros suscritores será comprendido y estimado en lo que vale, logrando así que no llegue nunca á faltarlos su apoyo, cuando nuestro solo y único deseo es merecer su estimación, única y sola recompensa á que aspiramos.

A esta obra seguirán otras nuevas, así de autores españoles como extranjeros, logrando de este modo que sin desembolso de ningún género, lleguen á poseer nuestros suscritores una bella, instructiva y notable biblioteca.

Para difundir aun más, si es posible, los salvadores principios de la escuela republicana federal, hemos resuelto hacer un nuevo sacrificio en beneficio del público.

Todo el que se suscriba nuevamente á nuestro periódico, recibirá la coleccion completa de los números publicados por la mitad de su valor, ó sean 48 números que componen el año primero, por 24 rs. Dirigirse directamente á la administracion, J. Castro, Tabernillas, núm. 8, ó bien por medio de nuestros corresponsales.

Los nuevos suscritores tienen derecho á recibir *gratis* el magnifico tomo que hemos decidido regalar cada trimestre.

ESTABLECIMIENTO DE UNA COMMUNE

EN EL SIGLO XI.

(ESTUDIOS HISTÓRICOS.)

Como un complemento al notable artículo titulado *La Commune*, del ciudadano Victor Pruneda, publicado en el número 24 de este Semanario, vamos á ofrecer al lector un cuadro de costumbres de los comuneros del siglo xi, que es el que vio nacer á esa institucion tan enaltecida por unos como condenada por otros.

Sabemos que la genuina significacion de *comunidad* es la *federacion* de municipios, y que su origen é instalacion en Francia obedecieron á la necesidad de ensanchar la esfera de accion de los derechos políticos del ciudadano, y á emanciparse del peso abrumador del feudalismo.

Los primeros pueblos que tuvieron la gloria de establecerlas fueron Amiens, Soissons, Royon y Laón; más hubieron de obtener previamente el consentimiento de los señores. Estos, en su ignorancia y en su egoismo, no tuvieron reparo en otorgárselo, porque siendo lo primera condicion jurada por los comuneros la *solidaridad* de todos y de cada uno, no consideraron sino la mejor garantía que aseguraban al pago de los tributos.

I.

Podemos ya trasladar al lector á la época de Luis VI apellidado *el Gordo*, en el siglo citado, invitándole á asistir con nosotros á la proclamacion de los derechos de la *Commune* en un pueblo de la demarcacion de Amiens.

Por sus calles, tan limpias como mal empedradas, circula una muchedumbre que grita, zumba, canta, se interpela, y vá y viene, con actividad de abejas alrededor de una colmena.

Detengámonos y observemos. Poco á poco empieza á trasformarse la multitud y á cambiar de aspecto. El día

es de trabajo, y no obstante, cualquiera le hubiese creído de fiesta. Las gentes aparecen con sus más vistosos atavíos. Las mozas, los muchachos, los hombres, los niños, todos se han engalanado con esmero. Las artesanas muestran el justillo nuevo á las graves comadres que exhiben la toca de los días solemnes. Los mercaderes cierran sus tiendas, y los obreros recogen sus herramientas.

Á la febril actividad ha sucedido una quietud imponente. Es que los vecinos del pueblo van á conocer la ley nueva que han hecho los cinco cónsules elegidos por la comunidad naciente. Su humilde burgo va á pasar á la categoría de villa, y ha de regirse por reglamentos emanados de su saber y sostenidos por su voluntad.

Todo el mundo rodea la reducida plaza que sirve de foro, y la altivez de las miradas y la energia de las actitudes no revelan ménos que la Asamblea de un pueblo soberano.

El nuevo foro une lo irregular de su forma á la estrechez de su espacio. Las casas que le guarnecen, construidas sin órden ni simetría, no ofrecen cosa alguna monumental. La mayor parte se componen únicamente de piso bajo. Más que las casas abundan las chozas.

En medio de la plaza se descubre un estrado de unos siete piés de altura, cubierto de tela azul y adornado de la mejor manera posible, dada la poca aficion del pueblo á las superfluas exhibiciones del lujo.

Delante del estrado se halla tendida la Milicia de los ciudadanos. Mal armada todavía, de trescientos hombres que la componen, solo ciento se encuentran cubiertos de cotas de malla ligeras, con pequeños almetes de hierro, sin visera y provistos de espadas cortas, á semejanza de las que usaban los antiguos galos y de largas lanzas. Las armas de los doscientos restantes son el arco y flechas correspondientes, sobre sus ropas de domingo. Además, cerca de ellos se agitan multitud de hoces, guadañas, hachas y otros instrumentos de labranza en manos callosas y fortísimas.

Toda la tropa guarda un órden que calificaríamos de admirable, atendido su desconocimiento absoluto de la disciplina moderna. La concurrencia que la contempla parece tener de su esfuerzo una opinion respetable, con especialidad la parte juvenil del bello sexo.

Los ancianos han obtenido la preferencia de la colocacion, y ocupan varios bancos de madera á las inmediaciones del estrado. Los niños se han apoderado de los mejores sitios para presenciar el espectáculo, y al efecto cubren los techos y se agarran á las chimeneas.

Un rato de espera transcurre, y al fin aparecen los *cónsules*, que son recibidos con ruidosas demostraciones de adhesion y entusiasmo. Visten los cinco magníficas togas de paño, color escarlata, guarnecidas con pieles en el cuello y mangas. Cíñen espadas largas y pesadas como los caballeros. Cubren sus hombros sendos mantos de paño, color violeta, y llevan en las cabezas una especie de chapeos del mismo color, dejando ver, por último, la cota de mallas, por la abertura de las togas.

Acompañados de su notario se sientan sobre taburetes colocados alrededor de una gran mesa, encima del estrado, y el más anciano y caracterizado de ellos, tomando de mano de dicho funcionario un grueso perga-

mino, donde la *Carta comunal* se contiene, empieza á leer con voz fuerte y reposada.

Veamos, dice: Ved aquí lo que hemos creído oportuno acordar, para todos nosotros, y que, de hoy en adelante, será ley en esta villa.

«Cada cual en la *comunidad* se conjura para la defensa pública, y si alguno de los vecinos es atacado u ofendido, todos los demás le defenderán y le vengarán.»

Calurosos aplausos interrumpen al lector, el cual prosigue:

«Nadie pagará á su señor otro censo que el que corresponde por cabeza, y no podrá imponerse á nadie otra talla ni servidumbre.»

Iguales aplausos obtiene esta cláusula que la anterior: de tal modo que el cónsul lector tiene necesidad de suspender de nuevo su tarea, exclamando:

—Mis buenos amigos, si habeis de interrumpirme á cada instante no concluiremos nunca. Permaneced tranquilos; escuchad en silencio, y si no quedaís satisfechos de lo que se os va leyendo, dadlo á conocer enseguida; si por el contrario, os satisfacen las cláusulas de la *Carta*, podreis aplaudir cuanto gustéis, cuando se os haya leído todo lo que está trazado en el pergamino.

No logró el orador impedir el aplauso, que su observación merecía, aunque sí proseguir su lectura en medio del más profundo silencio, en estos términos:

«Los vecinos de este pueblo podrán contraer matrimonio con las hijas de los siervos de cualquiera señor, exceptuándose á las de los nobles, aliados nuestros, que reconocen la presente Carta. Al que contraviniese á esta disposición se le considerará como siervo.»

«Nadie podrá ser admitido en la comunidad, como no pueda comprar en su término una tierra ó construir una casa, pues si un vecino obra mal y consigue escaparse, es justo que pueda castigársele en sus bienes.»

(Se concluirá.)

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

FRANCISCO DE PAULA CUELLO.

(Continuación.)

Ya hemos visto la manera vil cómo fué asesinado Cuello; ya le hemos seguido casi desde la cuna al ataúd; pero nos falta aun seguirlo hasta la tumba, hasta más allá de la tumba, hasta la inmortalidad.

Cuello en vida era el centro del partido que más tarde había de derribar el trono de los Borbones é imposibilitar el levantamiento de otros; y si bien su prematura muerte arrebató á la democracia española uno de sus mejores soldados, sus desgracias alentaron, dieron valor y animaron á sus amigos á seguir su ejemplo; que este es el resultado que obtienen los despotas cuando atentan contra la vida de uno de los apóstoles del progreso.

Al espirar, quizá su triste estancia respirara solo República, y al efecto un armonium tocaba las más entusiastas composiciones republicanas.

¡Oh! ¡Cuán sublime fué en aquellos momentos!

Ni el dolor físico que ni un solo instante dejaba de

atormentarle, ni la seguridad de una temprana muerte que él comprendía le amagaba, pudieron lograr que su ánimo decayera, que su espíritu vacilara, y que su clara inteligencia dejara de ocuparse de lo que había sido la constante causa de sus desvelos y de sus más dulces ilusiones.

Los amigos que rodeaban el lecho de su dolor, no se atrevían siquiera á mover los labios aguardando apesadumbrados el fatal momento, y él, que comprendía perfectamente el pesar que por su segura pérdida sentían, les hablaba de una época feliz en que el hombre recobraba la dignidad de su ser, en que la justicia regiría las acciones de la humanidad, y en que la fraternidad calmaría las dolencias sociales.

Por eso hoy al recordar su nombre recordamos sus virtudes, su valor y sus penas y derramando una lágrima á su memoria, hacemos el voto de no olvidar nunca al que murió por la República, despertando en el pueblo catalán el deseo de imitarle siguiendo el camino que él le trazara.

Vamos á concluir reseñando el entierro que á Cuello se hizo, tomándolo de la biografía que de él escribió el ciudadano Ceferino Treserra.

«A las ocho de la mañana del día 6 de Julio, la calle de la Union presentaba un aspecto singular. Los unos con hachas de cera, los otros con coronas de siemprevivas y ramos de laurel en la mano y muchos con gasas negras en el brazo, aguardaban la hora de acompañar el cadáver hasta la última morada. A las nueve, el gentío se extendió por todo lo ancho de la calle de Fernando, Ramba del gran Liceo, Boquería y Escudillers. La hora designada era la de las diez en punto.

«Poco antes de esta hora, principió á uniformarse la comitiva: aparecieron en la puerta de la casa del finado dos bandas de música...

«Los balcones de las calles por donde había de trascurrir el cortejo fúnebre estaban también atestadas de gentes, dominando aun en las señoras, los trajes negros.

«En todos los rostros se veía pintada la ansiedad ó el dolor... Barcelona entera se vistió de luto. Ni un signo de fuerza, ni de autoridad se veía por ninguna parte. Las tropas estaban recogidas en los cuarteles y cerrados los rastrillos de los fuertes.

«Al dar las diez se levantó el cristal que cubría el ataúd donde Cuello estaba colocado, y todos los concurrentes de la sala fueron uno á uno imprimiendo en la frente del cadáver el último ósculo de amor y fraternidad.

«Uno de los concurrentes tocó el registro del armonium que había sobre la cómoda, y principió á tocar la Marsellesa.

—»Vamos, exclamó otro.

—»Vamos, contestaron todos.

«Los más allegados al finado, en número de doce, se colocaron en dos mitades, una á cada lado del féretro, cogió cada uno el anda que le correspondía y con paso lento, mesurado, solemne, en medio de las lágrimas de una apiñada concurrencia atravesaron los umbrales de

la habitación, bajaron la escalera é hicieron alto en la entrada de la casa.

»Toda la inmensa multitud que pudo apenas divisarse, como á la voz de un solo hombre, se descubrió la cabeza; un silencio de muerte reinaba en aquel instante.

»Parecía que el ¡*Dies ire...*! ¡*Dies ille...*! del profeta se había realizado. Todos estaban sobrecogidos de un santo terror.

»La concurrencia se puso en marcha en el orden siguiente:

»Una comitiva de ciudadanos formando de cuatro en cuatro en fondo, en número de cuatro mil, llevando muchos de ellos ramos de laurel y coronas de siempre vivas en las manos.

»Una banda militar con enjas destempladas tocando la marcha fúnebre de *D. Sebastian*.

»Otra comitiva de ciudadanos, de doble fondo que los primeros, en número de unos trescientos, iban asidos del brazo y con los sombreros en la mano.

»Dos hileras de hachas, contándose hasta *selecientos ochenta*. Casi todos los ciudadanos que las llevaban ostentaban en el codo del brazo izquierdo la gasa negra.

»Seguía la banda popular tocando una patética marcha, compuesta expresamente por D. Pedro Barrubés.

»A continuación iba el coche mortuario de los pobres.

»Luego el féretro descubierto, llevado por doce de sus amigos, alternando amenudo con otros muchos que se disputaban esa triste honra.

»El duelo marchaba inmediatamente despues del féretro.

»Cerraba el acompañamiento un séquito general de ciudadanos y habitantes de los pueblos de la provincia, convidados al efecto, todos sin hachas. En este acompañamiento puede decirse que iba la ciudad entera que no se hallaba en las tiendas, balcones y terrados del tránsito.

»El cortejo recorrió la carrera siguiente:

»Calle de la Union, Rambla, calle de Fernando, plaza de la Constitución, calle de Jaime I, plaza del Angel, Platería, plaza de Santa María, Espadería, plaza de Palacio, puerta del Mar y camino del cementerio.

»De los balcones y terrados del tránsito se arrojaron algunas coronas y flores sobre el cadáver.

»Llegados á las afueras de la puerta del Mar, el eco de la población fué amortiguándose paulatinamente al compas de las fúnebres bandas.

(La conclusion en el próximo número.)

J. RONG Y MINQUEU.

ESTUDIOS PREHISTÓRICOS.

EL HOMBRE FÓSIL.

I.

La edad de piedra.

Durante la aurora de la vida, en aquella primera época nebulosa en que la tierra se agitaba en la inces-

sante lucha de los volcanes y de la tempestad, en que su superficie hirviendo de lava y rodeada de vapores se estremecía y vacilaba, la vida no apareció sino muy imperfecta; los *graptos* y *antracitos* son tal vez las únicas materias orgánicas que vemos en algunos estratos geológicos, y la organización de esas plantas es tan rudimentaria que da la medida de la difícil atmósfera que rodeaba nuestro globo.

El granito con sus formidables crestas y sus aristas enormes, nos pinta la grandeza de las primitivas tempestades.

Figurémonos toda el agua contenida en los mares, suspendida en la atmósfera en forma de vapor, condensarse y caer de repente sobre la tierra incandescente; el fuego y el agua en lucha, y podremos ver en nuestra imaginación algo de aquello tan grandioso que se efectuó en los albores de la creación.

Conforme la atmósfera fué más viable, los séres orgánicos fueron más perfectos; así vemos que los *Rhizopodos polymorphos* (1) siguen los madrepóras silúricas *Meandrina* y *Stromatopora* (2); estos géneros que participan de la triple composición vegetal, mineral y animal, nos hacen ver las dificultades de aquella primera atmósfera.

Pero continúan las aguas su trabajo constante; á la evaporación que el fuego de la tierra las hace sufrir, la glacial temperatura del espacio responde con la condensación y vuelven á caer, y tornan á elevarse y reparten en toda la tierra su acción benéfica y extienden la vida y la organización: el fuego es vencido, la tierra se sumerge por completo, las aguas se evaporan lentamente, y los picos más elevados del globo levantan su frente, formando el mundo en los tiempos primitivos un inmenso archipiélago: en estas islas, en estos picos aparecen los moluscos, los crustáceos, seres orgánicos que aun hoy existen, y se presentan como un ensayo de la vida animal, que como las plantas se alimentan con el jugo de la tierra.

Los vegetales á su vez, aprovechando el calor húmedo tan favorable á su desarrollo adquieren unas proporciones gigantescas, y los helechos de los terrenos *primarios ó paleozoicos* (3) que hoy se descubren ofrecen el tamaño de nuestras mayores encinas.

Las aguas bajan incesantemente, las islas se cambian en grandes tierras, que no forman sin embargo un continente; pero las aguas se reparten uniformemente de los polos al ecuador y los ensayos de la vida orgánica se convierten en monstruosos animales, de los cuales hoy no podemos dar una razón exacta sino por medio del cálculo.

Las tortugas, los sauros ó cocodrilos adquieren unas

(4) Plantas antiluvianas que se encuentran en los lechos de los terrenos primitivos, convertidos en crocas y arcillas.

(2) Plantas también que algunos naturalistas colocan en el orden de los animales, pero que su organización es tan primitiva que verdaderamente no se les debe clasificar así; son semejantes á las algas marinas, y á algunas esponjas; en estas materias se ve el esfuerzo del ácido carbónico que tanto abunda en la atmósfera, asimilarse y prestar vida á la naturaleza.

(3) La ciencia geológica ha dividido las distintas capas que forman la corteza terrestre en cuatro fases, primaria ó paleozoica, devoniana ó silúrica, pérmica ó terciaria y cuaternaria; á su vez el terreno terciario se subdivide en tres partes: *eoceno* ó inferior, *mioceno* ó del centro, y *plioceno* ó inferior.

proporciones enormes, y algunos pájaros mayores que el avestruz actual, pero que no vuelan todavía, dejan en la tierra, blanda siempre, las huellas de sus pasos.

El mar, la tierra, los aires se pueblan de un enjambre de seres animados: el *Pterodáctilo* ó murciélago gigantesco; el *Ichiosaurio*, precursor del delfín y el *Plesiosaurio* (4), cuya raza se ha extinguido, son los monarcas de los tres elementos.

Otro esfuerzo de la naturaleza produce el *Dinosaurio*, cocodrilo terrible, y el *Iguanodon* (5), que ya no se arrastra, que se eleva sobre sus patas como el rinoceronte; pero el hombre no aparece todavía, no está aun prepa-

rado su palacio; un nuevo diluvio hace desaparecer todos estos primitivos pobladores de la tierra, y el período terciario empieza señalándose por la aparición de los mamíferos; los *Saurianos* y *escualos* (6), se van aminorando, y la tierra, como despertándose de un largo sueño, va empezando á cubrir su frente de verdura; los Pirineos, los Alpes dibujan sus crestas en la luz indecisa de los albores de la creación, y el hombre aparece en el fondo de una caverna, desnudo, sin armas, sin abrigo, sin más defensa que su inteligencia.

¿En qué período de los tres en que sir Ch. Lyell ha dividido la época terciaria apareció el hombre? Proba-



TIPOS SORIANOS.—EL PASTOR.

blemente en el último, es decir, en el *plioceno*, en los anteriores ó sean *eocono* y *mioceno* no poblaron la tierra nada más que tortugas, serpientes y algunos mamíferos del género de los *paquidermos*, el *coryphodon*, el *palaeotherium*, parecidos al tapiro actual, y el *anoplotherium*,

los *árbolitos* y el *sarigues* (7), que son de la familia del perro y del mono, debieron preceder inmediatamente al hombre.

Los árboles, durante este período, adquieren un tal grado de desarrollo, que no podemos formarnos la menor idea; las mismas cuencas carboníferas que hoy alimentan la industria del mundo se deben precisamente á la época terciaria.

(4) Este terrible animal reunía á un cuerpo mayor que el de un búfalo de los mayores, un cuello de cisne lleno de escamas y cabeza de serpiente: el cuello que sobresalía fuera del agua le permitía á este anfibio respirar, en tanto que su enorme cuerpo estaba sumergido en el líquido elemento; se supone que jamás salía á tierra.

(5) Precursor del rinoceronte.

(6) *Saurianos* y *escualos* cocodrilos y peces carnívoros.

(7) Todos estos nombres han dado la ciencia etimológica á los animales primitivos de la creación en la imposibilidad de nombrarlos con los actualmente conocidos.

Durante una gran parte de esta época, la Europa estuvo casi invadida por las aguas; las arenas que traen á las calles de Madrid y que deshacemos con los pies están formadas de restos fósiles de habitantes de aquellos primitivos mares.

El hipopótamo primitivo, el mastodonte y el megaterio (8) fueron vistos y cazados por el hombre primitivo; restos de estos enormes animales se han encontrado en las cavernas sepulcrales recientemente descubiertas; mezclados con hachas de piedra y otros instrumentos primitivos.

El hombre de la edad de piedra cazaba los animales de que se alimentaba, con ayuda de lanzas, cuya punta no era otra cosa que un pedazo de pedernal (silex) groseramente tallado. ¿Cuántos años pasaron desde la aparición del hombre hasta que se encontró en posición de fabricar un hacha ó un cuchillo de piedra?

Si hemos de creer exactos los cálculos hechos por los más eminentes geólogos, más de diez y ocho mil. ¿Qué valen, pues, los descubrimientos modernos en comparación de aquella piedra afilada que hizo al hombre primitivo dar el primer paso en el camino de la civilización!

De la piedra rota al acaso á su talla, no hay más que un paso, y este estaba dado: el caparazón huesoso del *Glyptodon*, de la forma del armadillo actual y del tamaño de un toro, dió al hombre la idea de cubrir la desnudez de sus carnes con una coraza que le defendiera de los afilados dientes y garras del gigantesco gato (9), *Felis smitidon*, y las conchas de la tortuga le sirvieron de primera armadura.

Las reses que cazaba el hombre primitivo las llevaba á su caverna, y allí sin fuego, sin otras armas que un cuchillo de pedernal, destrozaba al rinoceronte, al mammoth, al auroch (10), y de su piel hacía curtidos y comía con delicia la médula y los sesos del enorme animal.

(Se continuará.)

MARIANO LERROUX.

EL JUDIO ERRANTE.

(Imitación de Sué.)

Cargado con el peso de los años
Que imprimen en la faz honda tristora
Un anciano camina sin ventura
Doblegada la frente de pesar.

Y Dios que da á la tempestad la calma
Del anciano á las quejas no responde,
Pues el triste no tiene un punto en donde
Pueda el rendido cuerpo descansar.

Le maldijo la cólera divina

Y es su destino andar;

(8) Hipopótamo, mastodonte ó mammoth, megaterio; el primero y el segundo existen aunque muy degenerados; el segundo se llama hoy elefante; el megaterio, enorme roedor, que trepaba á los árboles con la facilidad de una ardilla, nos demuestra la exuberante grandeza de aquellas selvas; un magnífico ejemplar del megaterio que existe en el Museo de ciencias naturales de Madrid admira á cuantos lo examinan trasladándolos á aquellos remotos tiempos.

(9) León ó tigre de un tamaño gigantesco.

(10) Toro primitivo.

Fantasma desterrado de los cielos,

Camina sin cesar.

Por castigo de Dios, sobre la tierra
Una vida arrastrando fatigosa,
Sombra leve que cruza misteriosa,
Condenado le vemos á vagar.

Que es este el peregrino desdichado
Que rechazó al divino Nazareno,
Cuando quiso de angustia y dolor lleno
En su humilde morada reposar.

Le maldijo la cólera divina, etc.

El en manos dejó de fariseos
Y de viles escribas, aquel santo
Testamento de Cristo, que ellos tanto
Han sabido con arte aprovechar.

Pues del Cristo la túnica sagrada
Fariseos y escribas adquirieron,
E insensatos con ella se enebrieron
Para hacerse cuál dioses adorar.

Le maldijo la cólera divina, etc.

Padre, casa, ni patria ya no tiene
El anciano infeliz, que siempre solo,
Desde un polo camina al otro po'o
Por ver si logra la ventura hallar.

Mas sus plantas se rinden al cansancio,
Y en su vejez al demandar la muerte,
Ni por favor la Parca ¡oh triste suerte!
La existencia le quiere arrebatrar.

Le maldijo la cólera divina, etc.

Piedad tened del infeliz obrero,
Anciano peregrino que va errante,
Sin que pueda en la tierra un solo instante
Calma á sus penas y fatigas dar.

Con la frente marcada con el sello
Del hambre y la miseria, cruza el mundo,
Sin encontrar ¡gran Dios! en tan profundo
Padeecer, quien alivie su penar.

Le maldijo la cólera divina, etc.

Camine un paso más el viejo errante
Y alcanzará triunfante la victoria,
Que esplendente, por fin, ya el sol de gloria
Su horizonte comienza á iluminar.

Condolidos, sus lágrimas acerbas
Van á enjugar ya en breve sus hermanos,
Que solicitos tiéndolo las manos
Sus afanes queriendo mitigar.

Le maldijo la cólera divina,

Y es su destino andar;

Mas camine ¡adelante! que muy pronto

La Cruz lo ha de salvar.

CONSTANTINO LLOMBART.

SEPARACION DE LA IGLESIA DEL ESTADO.

En el último artículo que con el título de *Roma* expusimos á la consideración de nuestro benévolo lector, manifestamos cuán arbitrario era el dominio de los Estados Pontificios por los Papas, ó sea el poder temporal de los mismos, y lo absurdo de su *infallibilidad*. Hoy nos proponemos demostrar las importantes é inmensas ventajas que en pos de sí trae la realización del

epígrafe con que encabezamos el presente, ó sea la separación de la Iglesia del Estado, ora le examinemos bajo el punto de vista económico, ora á través del diamantino prisma de la razón.

En cuanto á lo que en primer término dejamos sentado, no hay duda que es de la más perentoria necesidad eximir á los individuos que forman esta desventurada nación, de los cuantiosos recargos que á sus impuestos se agregan para sostenimiento del culto católico, puesto que de este modo, unos encontrarán ancha vía para atender á sus primeras necesidades, otros podrán más fácilmente subvenir á la imprescindible educación de sus hijos; y muchos, por último, se verán exentos de pagar una contribucion que necesariamente les es dolorosa por cuanto que no profesan dicha religion.

En efecto, no hay derecho para obligar absolutamente á nadie á que contribuya con su óbolo al sostenimiento de una religion que no profesa: cada individuo tiene autonomia propia para profesar libremente y sostener la religion que más se acomode á su manera de pensar, ó prescindiendo de todas las religiones positivas, seguir la *natural de la conciencia*. El Estado, que en el ejercicio de sus funciones es un cuerpo moral y no físico, que ejerce jurisdiccion en sus gobernados, mas solo como mero *administrador* de estos, puesto que por ellos es nombrado ó elegido, y no como su *dueño* ó señor; el Estado, que como decíamos no puede tener religion, ni imponerla, mucho menos podrá exigir sostengamos la que su arbitrario capricho elija. Si tal hace coarta nuestros derechos, nuestras libertades, mas no nuestro pensamiento: podrá sí cargar nuestro cuerpo de pesadas cadenas, las que nuestras fuerzas serán impotentes á sostener, apoyando su despótica arbitrariedad en la detestable é ilógica ley de la *fuerra*, pero jamás coartar nuestro pensamiento, no obstante el ser *propiedad de la materia*, porque este siempre permanecerá activo, siempre vigoroso.

Por otra parte, el Estado coopera indirectamente á su destruccion apoyando una determinada religion, puesto que les facilita á los individuos que componen esa asociacion medios para conspirar; y refiriendonos al clero español, se hace cómplice de su absolutismo, soberbia, orgullo y demás *bellas prendas* que les caracteriza, resultando de aquí que el Estado, por deducion lógica, es absoluto, soberbio, orgulloso, y lo que es más abominable aun, que nos hace indirectamente participes ó encubridores de tales maldades: *Quousque tandem!*

El clero católico español, vemos que, no obstante su decantada fe, combate con el mayor ardor y por cuantos medios puede (que por desgracia son muchos), esta tan justa separacion de la Iglesia del Estado, alegando en su relato que España siempre ha sido católica por excelencia, que no podrá existir sin sus sacerdotes, que nos veremos precipitados en el más oscuro abismo, y otras frases á este tenor, que acompañadas de tono y mimica humilde, más hipócrita en su fondo, le hacen triunfar en los ánimos débiles é tímidos.

Lo justo, lo razonable y natural es que desaparezca el escandaloso presupuesto del clero y que se invierta en obras de justa y reconocida utilidad; que se decreta la separacion de la *Iglesia y el Estado*, y si como decís,

España toda es católica y no puede pasar sin sus clérigos, dejad que estos vivan de la limosna como los apóstoles ó los primitivos sacerdotes, ó sostenidos por la piedad de sus fieles y el amor de sus partidarios.

Esto es lo justo, lo leal y lo honrado.

Viva el clero de la limosna y no á cargo del Estado, que si no sostiene al médico, al boticario, al abogado, al artista, al industrial y al obrero, no hay razon para que sostenga al clérigo, sino que este, como aquellos, se vea recompensado por aquel que necesite de sus obras, trabajos ó servicios.

Vuestra conducta toda, señores clérigos, está en completa contradiccion con vuestra altísima y elevada mision.

Hasta vuestro ideal el absolutismo, que tanto daríais por ver constituido como forma de gobierno, y que os afiliais en su bandera porque aducís que os ha protegido; hasta esta manera de pensar está en contradiccion con los hechos: abrid sí no la historia, y en ella vereis aquellas páginas escritas con sangre que hacen referencia al reinado de Felipe II, á ese que tambien daba el título de *elegido por Dios*; ved al pontífice Pablo IV, enemigo irreconciliable de Felipe y de su padre Carlos, que afectando hipócritamente amistad, arroja por último la máscara, y su rencor le conduce á declarar la guerra á Felipe cometiendo todo género de violencias con los españoles residentes en Nápoles; proceder nada digno del que se dice *Pastor universal de los fieles*.

Observad la conducta que vuestros antepasados (el clero) usaron aconsejando á Felipe (que por respeto al pontífice no habia recogido el guante que este le arrojara), que supuestamente las súplicas eran infructuosas para hacer entrar en *razon* al pontífice, las *leyes divinas* y humanas le autorizaban á apelar á la guerra para poner coto á sus *violencias é injusticias*. Mirad los hechos de ese rey absoluto que, exhausto de recursos para sostener sus continuas guerras y no pudiendo sacar más fondos de la empobrecida nacion, discurrir vender mil hidalguías á 5.000 ducados cada una; exige empréstitos forzosos á los prelados; da decretos para que mediante un módico interés se *legitimem* los hijos de los clérigos (vuestros sobrinos), é inventaría la plata, los cálices y las custodias de los templos.

¿Qué respondeis á estos hechos históricos? ¿Es por ventura esta la manera de proteger á la Iglesia?

Si objetais que habia necesidad de proceder así por cuanto el alistamiento del ejército lo exigía para romper las hostilidades, y que por lo mismo vosotros lo autorizábais, os preguntaré: ¿y á quién se iba á hacer la guerra? ¿quién era el enemigo?

Era Paulo IV, el pontífice, el vicario de Jesús, el pastor universal de los fieles, vuestro jefe, en una palabra. Ahora bien; siendo tanto vuestro pontífice Paulo IV como vuestro rey Felipe II, *elegidos por Dios* (según vosotros), ¿á quién juzgais de los dos el criminal, el sacrilego? Aquí teneis un dilema; optad por cualquiera de las dos proposiciones de que consta, y vuestra derrota es inevitable.

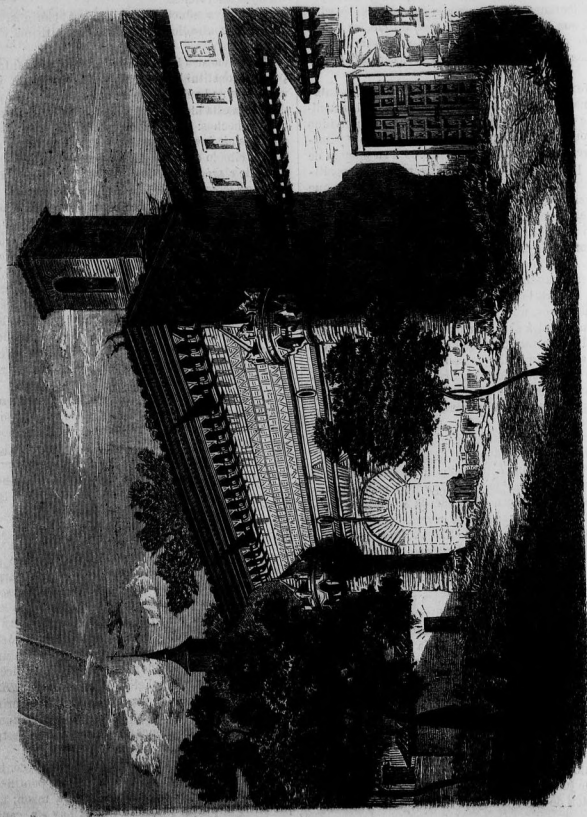
En conclusion, pues, y en vista de tales contradicciones consignadas en la historia, caigan pontífices, reyes y sacerdotes postrados ante la pura razon; huyan, que entre el pueblo pensador y ellos hay un caudaloso

rio de humeante sangre, que con sardónica sonrisa contemplan desde sus sáculos, ostentando ceñidas á sus sienas, como sello de sus crímenes, coronas de pulido oro incrustadas de diamantes y rubies.

Pueblos, no más déspotas; prescindid de vuestras preocupaciones; pedid en cuantas ocasiones se os presenten la separación de la Iglesia del Estado, favorable á vuestras libertades, y una vez realizada vuestra

petición, vivireis felices solo al considerar no teneis que alimentar á los tigres que despedazaban vuestras vidas, mirándoos libres por fin de aquel conocido adagio que decía: *Nunca ha de faltarnos papa que nos excomulgue ni rey que nos ahorque.*

MANUEL ROMAY.



CAPILLA TITULADA DE LAS URSULINAS.—GUADALAJARA.

CUENTOS POPULARES.

Los obreros.

(Continuacion.)

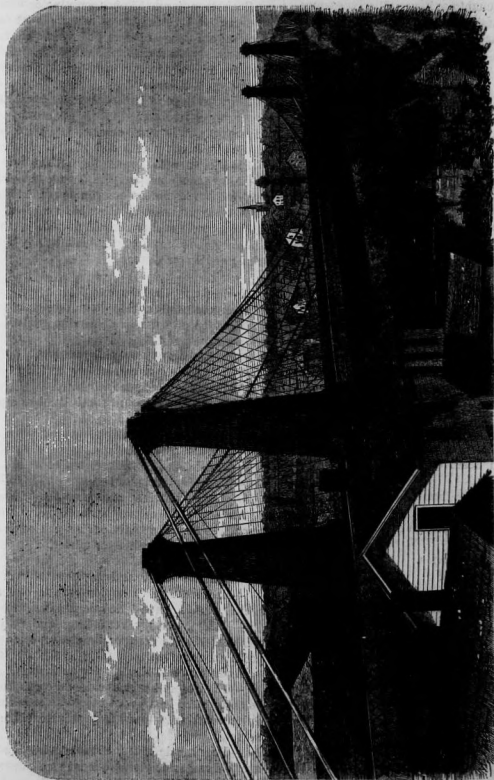
A los pocos días del en que ocurrieron las escenas que dejamos narradas, Enrique se había captado las simpatías de Anselmo y de su esposa, la cual ya no se oponía á los amores de Juana, y entraba en la casa á todas horas, y era siempre recibido y tratado como de la familia.

Había triunfado de su rival, de Ricardo, que no era otro el hombre que hemos visto escondido en el portal de la casa de enfrente espiando los movimientos de Enrique.

Ricardo era un muchacho de veinte años, simpático y afable, de oficio carpintero.

La moralidad de sus costumbres y lo sencillo y formal de su trato, le habían conquistado el aprecio de cuantos le conocían.

Amigo de Anselmo, pues trabajaba en la misma fábrica que éste, había ido á su casa varias veces, había



AMÉRICA DEL NORTE.—NIÁGARA, PUENTE COLGANTE POR EL QUE PASA EL FERRO GARRIL. (Dibajo del Sr. Castro.)

tratado á Juana y habíase enamorado perdidamente de ella, sin haberla podido inspirar más que un sentimiento de fina amistad.

Ricardo, no obstante, siguió visitando la casa hasta que dieron comienzo los amores de Juana y Enrique.

Enrique se había aparecido en Barcelona de la noche á la mañana como forastero: decía que era mecánico-ajustador, aunque esto lo desmentía la figura de sus manos, y nadie había podido averiguar á punto fijo donde trabajaba, pues aunque él lo decía y si se preguntaba en el taller contestaban afirmativamente, nadie le había visto trabajar.

Ricardo exultaba en cuanto se le permitían sus ocupaciones, todos los movimientos de Enrique, le seguía á todas partes y sospechaba mucho de su condición de obrero.

Así las cosas, ocurrió la desgracia de Anselmo.

Ricardo tenía buen cuidado de enterarse todos los días del estado del herido, empero no quería traspasar y no traspasó los umbrales de la casa de Juana.

Habían pasado veinte días y Anselmo se encontraba bastante aliviado de sus heridas, tanto, que hasta se levantaba algunos ratos.

Enrique había ganado mucho terreno, se había metido, por decirlo así, en el corazón de aquella familia.

Fingiendo que hacía grandes sacrificios, y sobre todo que los hacía desinteresadamente, había sufragado, aunque con la mayor economía para no infundir sospechas, acerca de su posición, todos los gastos de la curación de Anselmo.

Juana le amaba más cada día.

Enrique creyó llegado el momento de obrar, y una tarde pidió permiso á los padres de Juana para sacar á esta á dar un paseo por el campo.

Estos se excusaron, diciendo que María no podía salir aun de la casa por el estado de Anselmo, y que no estaba bien visto el que los dos amantes saliesen solos.

Enrique francó el entrecejo, como el hombre que se ve contrariado en su deseo cuando va á realizar una gran empresa.

Pasó un minuto, y como iluminado por una idea salvadora, exclamó repentinamente:

—Si es ese el inconveniente, ya está salvado.

—¿Cómo?

—Mi tía puede acompañarnos.

—¿Ahí! ¿Tiene Vd. una tía!

—Sí. ¿No lo sabían Vds.?

—Como Vd. no nos ha hablado nunca de ella...

—¡Psh! por un olvido: soy un atolondrado.

—Pues entonces, cuando Vd. quiera, véngase con su tía y pueden sacar á mi Juana un ratito á espaciar el ánimo, dijo María concluyendo la conversación, y mirando á su esposo como diciéndole: «¿Vamos á negar al hombre que tanto nos ha favorecido un deseo tan inocente, y sobre todo tan justo?»

En los labios de Enrique brilló una sonrisa indefinible, de la que no pudieron apercibirse sus interlocutores.

Como á un cuarto de legua de Barcelona, por la parte del S. O., y cerca de la carretera que conduce á Tarragona, había en la época á que se refiere nuestra leyenda un bonito y espacioso jardín, rodeado de una altísima verja de hierro.

La puerta de esta especie de recreo venía á caer junto á la carretera mencionada.

Serían las cinco de la tarde del día posterior al en que tuvo lugar la anterior escena, y era domingo.

Viniendo de la ciudad, se dirigían tres personas al jardín. Eran estas Juana, Enrique y la tía de quien han oído hablar nuestros lectores.

Era esta mujer de 55 años, enjuta de carnes, de larga nariz, de boca sumida y de mirada tan dura como recelosa: era una verdadera *Celestina* que Enrique había buscado para el caso.

Cerca de este grupo, y siguiéndole á respetuosa distancia, venía Ricardo.

El grupo llegó al jardín. Enrique cruzó algunas palabras con el jardinero, que era portero á la vez, puso una moneda en la mano de este, y penetró en el jardín seguido de Juana y de la tía.

Pocos momentos después llegó Ricardo, y como pretendiera entrar y no poseyera los argumentos de Enrique, que son los únicos que convencen á los porteros y á otros que no lo son, el inflexible guardian le privó la entrada, por lo cual se resignó nuestro joven á esperar á la puerta, si bien á alguna distancia y detrás de un árbol para no ser visto.

Ya hacía media hora que Ricardo esperaba; ya su impaciencia había subido de punto, cuando vio venir de la ciudad un carruaje de camino que vino á pararse en la misma puerta del jardín.

Ricardo tuvo una sospecha terrible.

De pronto dejó su escondite y se dirigió al cochero que había descendido del pescante.

Había reconocido en aquel hombre á un antiguo amigo suyo.

—¡Adios, Andrés!

—¡Hola, Ricardo!

—¿A dónde vas con ese carruaje?

—A servir á mi amo.

—¿Y cómo no viene tu amo en él? ¿Qué amo es ese?

Andrés sonrió, miró á su amigo algunos instantes, como si se tratara de adivinar los puntos de lealtad que calzaba, y dijo con el mayor misterio:

—¡Es un secreto!

—¿Un secreto? ¿Y tú tienes secretos para mí?

—Hombre... ¡si tú supieras de lo que se trata! El asunto es más grave de lo que parece.

—Entre buenos y verdaderos amigos jamás hubo secretos. Y si la cosa es tan grave como indicas, yo podré aconsejarte...

Andrés guardó silencio por un instante.

—Tú siempre has merecido mi confianza; ahora, si yo no merezco la tuya... —objetó Ricardo con acento de dulce severidad— puedes guardarte enhorabuena tu secreto.

—Pues has de saber, añadió Andrés por último, resuelto á cantar de plano, que mi amo es el marqués del Pinto.

—¿Y ese es todo el secreto?

—Aguarda hombre, aguarda. El marqués vino de Madrid á Barcelona hace un año, por pura distracción, haciendo lo que ellos llaman un viaje de recreo. Le gustó la ciudad y se estuvo en ella hasta seis meses; y cuando se disponía á abandonarla, sin saber por qué le dió la manía de disfrazarse trocando su elegante traje de *caballero* por el traje humilde de trabajador. Entonces despidió el criado que había traído de Madrid, porque sin duda no tenía en él mucha confianza, y me tomó á mí.

—¿Y tú por dónde sabes...?

—Por mi tía Joaquina, que ha sido su ama de leche y le sigue á todas partes.

—Adelante.

—Desde entonces, es decir, desde que adoptó el disfraz mencionado, el marqués se dedica á aventuras peligrosas, á seducir mujeres pobres; ¡ya ves que manía! un hombre rico...

—Pues es un hombre muy extraño. Y ahora...

—Ahora creo que va á realizar su última calaverada en Barcelona.

—Explicame eso.

—¿Ves este carruaje? Pues en él voy á conducir á una casa de campo que el marqués tiene cerca de Tarragona, y desde esa casa á Madrid, al marqués, á mi tía y á una muchacha que ha traído engañada esta tarde á ese jardín que tenemos delante.

—¡Ah...!

—¿Qué es eso?

—Nada... que... tu relación me ha excitado fuertemente... y... ¡tú no debías prestarte á esas infamias!

—¡Tontería! Si porque yo no me prestase no las cometería... Además, ¿yo qué tengo que ver en eso? Mientras á mí me paguen corriente... Mira, hazme el favor de retirarte un poco porque allí viene ya mi amo.

Había empezado á oscurecer.

Ricardo obedeció, puede decirse, maquinalmente á Andrés, y se retiró algunos pasos del carruaje.

En esto salían por la puerta del jardín Juana, el marqués (le daremos ya este nombre) y la tía.

—Nos hemos entretenido más de lo regular, decía Juana mirando al cielo y apercibiéndose de que oscurecía.

—Con efecto, decía el marqués, nos hemos entretenido; pero pronto llegaremos á casa. ¡Hola, un carruaje! ¡Eh, cochero! ¡puedes conducirnos á la calle de...?

—En pagándomelo, á donde Vd. quiera.

—Al carruaje pues.

El marqués abrió la portezuela.

En el momento de ir á penetrar Juana en el vehículo, sombrío, terrible, amenazador, inyectados los ojos en sangre, apareció Ricardo en medio de nuestros personajes.

—¡Miserable! gritó con voz de trueno arrojándose sobre el marqués; ¡no lograrás tu infame propósito!

El marqués, al verse tan bruscamente acometido, dió un salto hacia atrás librándose por un momento de las manos de Ricardo.

Juana dió un grito y se desmayó.

La tía acudió en su socorro.

El cochero saltó del pescante.

Ricardo fué á arrojarse de nuevo sobre su adversario: en la mano de este relucía, á pesar de la semi-oscurecida que precede á la noche, un agudo puñal.

Ricardo estaba ciego y se arrojó sobre el marqués con los brazos abiertos.

El arma homicida se clavó tres veces consecutivas en el pecho del infeliz obrero, que lanzó un grito terrible, dando con su cuerpo en tierra.

El marqués arrojó el puñal, corrió á donde Juana estaba desmayada, la colocó dentro del coche, mandó entrar en él á la tía, ordenó al cochero subiera al pescante, y gritó, penetrando por último en el carruaje:

—¡A escape, Andrés! Reventa si es preciso los caballos; pero alejémonos pronto de este sitio.

—Ese demonio de Ricardo nos ha comprometido, murmuraba Andrés entre dientes, mientras obedecía las órdenes de su amo.

El coche partió á escape, con dirección á Tarragona.

Había cerrado completamente la noche.

A los gritos de Juana y de Ricardo habían acudido el jardinero y su mujer al lugar de la catástrofe.

Ricardo, que se revolcaba en su propia sangre, fué conducido á la casilla del jardinero, el cual le vendió inmediatamente las heridas para contener el manantial de sangre que de ellas brotaba, y salió inmediatamente á dar parte á la autoridad.

Ricardo fué trasladado á las dos horas al hospital; sus heridas eran graves aunque no mortales.

Volvió al conocimiento, y el juez competente recibió su primera declaración.

Íntil es decir que el marqués se libró del Código penal por un puñado de oro.

Al saber Anselmo la triste nueva de su desgracia y su deshonra, tuvo una transición violenta en sus padecimientos, pasando de la convalecencia á las puertas de la muerte.

En vano reclamó judicialmente á su hija; la justicia no podía llegar á la elevada esfera del marqués, y todo el mundo ignoró el paradero de Juana.

Anselmo, no pudiendo resistir á tan duros infortunios, faltar de recursos para subvenir á los gastos de su ya terrible enfermedad, murió en el hospital mismo donde estaba Ricardo, veinte días después de la pérdida de Juana.

María, la infeliz viuda, quedó completamente abandonada y á merced de la caridad pública.

Ricardo en tanto progresaba rápidamente hacia su curación.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

(Se concluirá.)

CUESTIONES CIENTIFICO-SOCIALES.

HIGIENE DEL PUEBLO.

—

XI.

Lo mismo el honrado trabajador que apenas cuenta lo bastante para su subsistencia que el más rico ban-

quero, necesitan para vivir en familia de habitaciones ó sea de medios más ó ménos aislados que les preserven de cosas diseminadas en el espacio, que pueden indudablemente perjudicarles.

La habitación del hombre varía según el clima, el estado de cultura y el carácter de la nación que se estudia. El hueco de un árbol ó de una roca, sirve de *cómo-da* vivienda á los shangallas y á los pastores de la *Córcega*; el asilo de algunos habitantes de la Australia está reducido á groseras chozas formadas con las cortezas de algunos árboles; en la tierra del fuego bastan caba-

ñas construidas con estacas clavadas en el suelo y cubiertas de heno y hojas secas; la habitación de los kamtschadales es una madriguera; un tinglado la de los habitantes de las islas de Tonga; la bóveda celeste la de algunos egipcios, y sin necesidad de ir más lejos, vemos en algunos pueblos de España cloacas infectas cubiertas de paja, sirviendo de habitación á más de una familia.

Reconocida la necesidad de habitaciones particulares que sirvan á los hombres de morada, debemos advertir que cuanto más claras, espaciosas y bien ventiladas



TIPOS SORIANOS.—LA PASTORA.

sean, tanto más á propósito son para la vida y para la conservación de la salud.

En algunos pueblos de Galicia construyen los establos en el punto más inmediato á la cocina que suele servir á la vez de comedor, dormitorio y pieza de labor para los habitantes de la casa, costumbre tan súa como perjudicial á la salud, puesto que es imposible que cada individuo tenga suficiente cantidad de aire puro con que hacer frente á las necesidades de la respiración.

Decimos otro tanto de las personas que en sus dormitorios dejan de noche lamparillas, chimeneas encen-

didas, plantas ó flores; cosas todas que contribuyen notablemente á impurificar el aire, bien absorbiendo su oxígeno para que se verifique la combustión, ó bien no descomponiendo el ácido carbónico, y si por el contrario exhalándole en gran cantidad en detrimento de las exigencias vitales, que no son pocas.

Bastan estas ligerísimas indicaciones para que la clase ménos acomodada puedan sacar de ellas todo el partido posible, y pasemos á estudiar las habitaciones comunes á varias personas.

En las grandes poblaciones en que todo se sacrifica á la simetría, al golpe de vista, las casas están juntas

unas con otras, las habitaciones sobrepuestas, no sin faltar á estas algunas condiciones para que puedan ser el saludable albergue de los inquilinos.

Al paso que hoy es raro ver una casa que, respecto á fachada, no sea un verdadero monumento artístico, es muy frecuente observar callejones sin salida, pasajes cubiertos y bajos de techo donde se hallan hacinadas tiendas, almacenes y aposentos, que deteniendo las corrientes de aire dan origen á un peligroso mefitismo aumentado con el que producen los llamados patios, y que no son á veces otra cosa que una especie de embudo largo y estrecho sin ventilación de ningún género.

Las casas habitadas generalmente por la clase trabajadora son aposentos mezquinos, llenos de inmundicia, sin puertas ni ventanas en ocasiones, que además de no tener una sola comodidad, tampoco ofrecen las condiciones higiénicas más simples y necesarias.

Lo que decimos de esto puede repetirse de los teatros, iglesias, navíos, cuarteles, cárceles, hospicios, hospitales y cementerios, que no son otra cosa que habitaciones modificadas en que solo los hombres de la ciencia tienen derecho á proponer cuantas reformas higiénicas estimen convenientes en beneficio de la humanidad.

Como quiera que las poblaciones no se improvisan si no que van extendiéndose gradualmente, solo hemos de decir las circunstancias que deben tenerse presentes para juzgar de la sanidad de que se goza en tal ó cual punto, en las aldeas y ciudades.

Teniendo en cuenta el número de arroyos y ríos que bañan una población, la elevación de las montañas que la rodean, la naturaleza y calidad de sus bosques y el aire más generalmente dominante, se viene en conocimiento de la salubridad de un pueblo para poderle dictar disposiciones higiénicas convenientes, siempre que de la ciencia reclame semejante beneficio.

Si las calles de una población son rectas y anchas; si á los edificios circundan hermosos jardines; si cuenta gran número de plazas y fuentes y la disposición de las alcantarillas no permite que se detengan las aguas fluviales y las que han servido para las faenas domésticas; si á estas ventajas incomparables que en este siglo ninguna población posee, se agrega una buena situación topográfica y un aire templado en general sin cambios bruscos de temperatura, tendremos el prototipo del pueblo fundado por la higiene, ó lo que es lo mismo, de aquel que está basado en los adelantos de esta ciencia.

Las poblaciones que nos son conocidas serán tanto más beneficiosas á la salud cuanto más se aproximen á la que dejamos descrita en el párrafo precedente, y por el contrario, tanto más nociva y perjudicial cuanto más se separe de los preceptos anteriores.

J. LOPEZ OCAÑA.

(Se continuará.)

LOS PESCADORES.

Dedicado á todos ellos.

Son las cuatro de la tarde, y heme aquí sobre la playa del Mediterráneo, diviso á lo lejos, sobre media

millas, cien laudes, especie de cien águilas pescadoras que mecen sus alas sobre la superficie del agua, representados por sus remos. Cien laudes que van en busca del pan de quinientas familias, el cual no encuentran siempre. Cien laudes que pronto desaparecen sobre el horizonte sensible por el espesor de la atmósfera y la redondez de la tierra, quedando olvidados por la multitud, más no por quinientas familias. Cien laudes, en fin, que vuelven á media noche á dar pan á millares de criaturas, y que confundidos á veces entre la niebla, arrastrados por el viento, y combatidos por las olas del mar, llevan el luto y el dolor á una infinidad de familias.

Volvamos la vista atrás.

Mirad un edificio que domina todo un pueblo, su esplendor hace volver la vista atrás, sus columnas, sus obras arquitectónicas pura *fotografía* del arte, son la esclavitud del obrero. Mirad allí los rasgos del lujo, observad en él una potencia extraña, indescribible; todo esplendor, maravilla; mas, obra de la mano encallecida.

Allí aristocráticas damas luciendo sus vistosos trajes, fascinando con sus adornos, despreciando un mundo, sonriendo ante los cien laudes y burlando al pobre marino, que pasa en vela la noche para buscar un pedazo de pan.

¡Un palacio!

Oro, plata, sedas, convertidos en instrumentos de lujo para la riqueza.

¡Cien laudes!

Velas, remos, convertidos en instrumentos de trabajo para los pobres.

¡Qué sería de la dama y del caballero aristócrata, si cien laudes no se lanzasen al mar para convertir en marino al inocente niño, que más tarde cruza mil mares en busca de géneros americanos, ingleses, escoceses, etcétera, etc., y de millares de productos y de islas?

¡Qué sería de la dama y del caballero aristócrata, si cien laudes no convirtiesen en intrépido al joven que parte un día á lejana tierra, sin divisar en su viaje una pequeña colina, ni una confundida playa?

¡Qué sería de la dama y del caballero aristócrata, si cien laudes no enseñasen al joven marino á donde tiene su tumba?

¡Si! Su tumba entre las aguas, en la profundidad de los mares, sin una lágrima del temeroso pasajero, sin un adiós del desconocido navegante.

¡Cien laudes! Me parecen ahora cien naufragos que luchan por su salvación...

Pero... ¿No escuchais ese ruido alegre, ese canto divertido, mezclado con el eco de un piano...? ¡Ah! Es el palacio... ¡Pobre marino! Tú, viéndolo á cada momento el final de tu existencia entre las olas para dar pan á tus hijos.

Aquellos, riéndose ante tu desgracia y ante tu miseria.

¡Cien laudes! Adiós, yo os saludo.

Denia 4 de Julio de 1872.

FRANCISCO FERRER.

REVISTA GENERAL.

La tremenda palabra *abdicacion* circular y se repite con grande insistencia.

A las noticias particulares, a los artículos de la prensa, a las noticias de los que por fin por mejor enterados, a las declaraciones de los periódicos italianos, tenemos que añadir hoy las correspondencias de diarios que, como *La Epoca*, siempre se han distinguido por la severidad de sus juicios y la certeza de sus palabras.

He aquí la carta a que nos referimos, y sobre la cual llamamos toda la atención de nuestros lectores:

«En esta situación, el gabinete del duque de la Torre pide la suspensión de las garantías constitucionales. El rey no lo resiste abiertamente si es necesario para salvar el orden social; pero antes de tomar una medida tan grave y suprema a sus ojos, quiere consultar con su padre, y desde el telegrafo mismo del palacio dirige un extenso telegrama al rey Víctor Manuel, que revela todas las ansiedades de su alma. El soberano de Italia llama a Lanza, a Visconti-Venosta, al general Cialdini y otras personas, y su consejo es que apele a la nación española antes de tomar una medida tan grave. Víctor Manuel dice a su hijo que debe ser fiel a la significación que tuvo su elevación revolucionaria al trono y no imponerse a la España. Si esta era ingobernable ó preferir otras soluciones, monárquicas ó republicanas, mejor sería para un príncipe italiano estar abrazado a su enseña, y con el partido político que principalmente había echado a sus sienos una corona tan difícil de llevar. Esta contestación decidió el llamamiento del Sr. Ruiz Zorrilla.»

Si a esto se agregan las adhesiones que así banqueros, generales, ex-ministros, periodistas y hombres políticos en número de más de 500, han enviado al manifiesto de Montpensier sobre la restauración, el aumento de periódicos que defienden esta causa, la actitud de las mayorías conservadoras, en cuya última renuncia se ha llegado a decir por el franco Sr. Topete, que los conservadores defenderán a la dinastía mientras, esta quiera ser defendida; frases que el *Diario Español* explica diciendo que la dinastía al llamar al poder a los radicales ha demostrado que no quiere ser defendida; y por último, la actitud del gran partido federal, cada vez más decidido a salvar la honra y el porvenir de esta desgraciada patria, vendremos en conocimiento exacto de esta situación, como decía un ilustrado republicano amigo nuestro, tan solo se sostiene por la ley del equilibrio, y que vendrá abajo irremisiblemente el día no lejano en que un soplo de viento la haga estremecer.

Raro es el día que al cruzar D. Amadeo de Saboya por los sitios más concurridos de la capital, no oiga resonar en sus oídos un robusto y sonoro grito de viva la República! grito que, mal que pese a *El Diario Español* y a sus comilones los unionistas, es más digno, más legal y más patriótico que la sorda campaña que hacen sus patronos para restaurar un trono que el pueblo derroca por SIEMPRE.

A propósito de los unionistas: según afirman los individuos que componen dicha *partida*, reina gran marcialidad en el seno del gabinete, cuya preponderancia se disputan dos tendencias; la radical, compuesta de Martos y Echegaray, y la conservadora, defendida por Ruiz Gómez, que a toda costa quiere pasar por gran hacendista; Gasset, que es uno de los ministros que más se distinguen por su ilustración y celo (traslado a ciertas comisiones que han salido horrorizadas del *Ilustrado* y *celoso* ministro), y Montero Ríos, que se niega a adoptar ciertas medidas contra el clero.

Sin duda este cambio se debe a la visita que hace pocos días hizo el Sr. Montero Ríos y señora a D. Amadeo primero y después a doña María Victoria. ¡Oh poder de los reyes, y sobre todo de las reinas!

De sobre sabemos nosotros que la tan decantada separación de la Iglesia y el Estado no se llevaría a cabo, y por si alguien lo duda bastará con que sea que en el próximo mes se dará una paga general al clero por disposición del ministro de Hacienda.

El establecimiento del Jurado nos ha parecido una de tantas *filas*, aprendidas por los radicales durante el tiempo en que vivieron con los unionistas en amigable consorcio.

Cada día que un periódico exige el establecimiento del Jurado, en la misma noche aparece un sueldo en la *pequeña Gaceta* (Cor-

respondencia se llama esta figura), diciendo que cada día adelantan más los trabajos para el establecimiento del Jurado; ó bien, «la actividad del señor ministro en el asunto del Jurado no reconoce límites; de un momento a otro estarán ultimados los trabajos preliminares....»

En fin, tal es la ó-den que ha recibido *La Correspondencia*, y diariamente compone un sueldo un poco más ancho, un poco más estrecho, pero conforme en un todo con el *patron* recibido del ministerio. ¡Oh inventiva de la competente, yo te alabo.

La abolición del ejército será pronto un hecho, lo mismo que el establecimiento del Jurado; el que lo dude puede reparar las columnas de la *Gaceta* y encontrará al asenso a tenientes generales de los mariscales de campo La Torre, Sr. rano del Castillo, Baldrich y Acosta; a mariscales de campo los brigadieres Primo de Rivera, Tasara, Palacios, Cos-Gayon y Lagunero, y brigadieres a los coroneles Montero de Espinosa y Gavilá y Sola.

Si con estas pruebas no se dan por satisfechos, no vacilamos en asegurar que los españoles con nada están contentos, y si con tanto por ese camino, es muy fácil que un día se encuentren sin monarquía y si D. Amadeo. ¡Ojalá fuera mañana!

La Competente es implacable; prueba de ello el siguiente sueldo que no tiene desperdicio:

«La prensa de Madrid defienden al gobierno radical cuatro periódicos; le son benévolo otros cuatro federales y le combaten veinticuatro.»

Cuatro diarios republicanos contados como ministeriales...

Semejante estadística no necesita comentarios...

Cada día afirman los diarios ministeriales que sobre los presos de Bércea caerá todo el rigor de la ley, y está, cediendo a las excitaciones de los periódicos conservadores. No seremos nosotros los que pidamos gracia para nuestros queridos amigos de Jerez; cumpla el gobierno las órdenes que le imponen los eternos enemigos de la libertad, que nosotros tomamos acta de su conducta, y en su día exigiremos cuenta estrecha de todos sus crímenes a esos eternos verdugos del pueblo, sobre cuyos nobles hombros han escalado el puesto que hoy tan indignamente ocupan.

Nuestro queridísimo amigo y colaborador el ciudadano Roque Bércea se encuentra ya entre nosotros. En la imposibilidad de trasladar íntegra una interesante carta que acerca de su estancia en Málaga, nos remite nuestro amigo y correligionario ciudadano Alvarez Abril, vamos a transcribir los párrafos más notables:

«A su llegada a esta, todo el pueblo malagueño, niños, hombres y mujeres prorumpieron en los más entusiastas vivas. Salí a recorrer la ciudad, y a pesar de ser día de trabajo una inmensa multitud le rodeaba, dándole vivas, a los que él contestaba:— «Yo no; ¡viva el pueblo soberano!»

«Por la tarde se encaminó al muelle: los niños corrían a besarle, y allí encontré varios soldados que le abrazaron con gran efusión. A las ocho comenzó la serenata por dos bandas de música de regimiento, tocando himnos republicanos, y desde el balcón de la fonda habló el ciudadano Carrion y luego Bércea.

«Al siguiente día (domingo), todo el pueblo rodeaba su camino; una pobre mujer se le acercó: Bércea, creyendo le pedía una limosna, la suplico fuese luego a la fonda, pero la infeliz llena de gozo contestó:— «Yo no quiero sino abrazarlo y besarlo: mi hijo murió en las barricadas en la horrible jornada del 1.º de Enero.» El acompañamiento de Bércea ha sido más grande que el de un rey, pues momentos hubo en que le seguían más de doce mil ciudadanos.

«Una comisión de Velez-Málaga vino a suplicarle que fuera, y a su vuelta, el pueblo lo dio otra serenata de violines, bandurrias y guitarras; le han acompañado al tren miles de correligionarios, y muchísimos hasta Córdoba. Roque Bércea es un hombre que todo el que le trate se honrará con su amistad.»

Damos las gracias al pueblo malagueño por el recibimiento que ha hecho al ilustre campeón de la democracia española.

A Bércea hemos oído que el recuerdo de Málaga vivirá mientras él viva; que mucho esperó siempre de tan gran pueblo, pero que la realidad ha superado a todas sus esperanzas.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LARAJOS, calle de la Cabeza, 27,